

ricos y hombres de carrera, la otra para los obreros. Como en la primera estuviesen inscritos algunos de los adversarios políticos, á quienes disgustaría su presencia, se hizo alistar en la sección obrera, estimándose feliz de llevar su medalla entre los hijos del pueblo (1).

Casi todos los títulos ó advocaciones de María usados en España se hacen populares en América, entre los cuales forzoso es citar el de la Inmaculada Concepción. Dos circunstancias favorecieron en alto grado, para que este simpático título se propagase de modo rápido en el Nuevo Mundo; la fe de los españoles en tan hermoso misterio y las predicaciones de los religiosos franciscanos. Sabido es que España se lleva la palma entre todas las naciones cristianas por su celo en creer y defender la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios. San Ildefonso introdujo esta fiesta en su iglesia de Toledo, y el erudito Martenio pone fuera de duda que á mitad del siglo VII se celebraba en toda la Península. Nadie ignora el privilegio del rey D. Juan I de Aragón, ordenando que esta fiesta, observada desde tiempo inmemorial en su Real Casa, se extendiese á todos sus dominios, ni el decreto de D. Martín, expulsando de sus Estados á cuantos impugnasen el misterio de la Concepción sin mancha. Carlos III pidió con todo encarecimiento al Pontífice Clemente XIII, que declarase á María en el misterio de su Purísima Concepción, Patrona de la monarquía española y de todas las Indias; y el Papa se lo concedió en 8 de Noviembre de 1760. El Rey insertó este patronato entre las leyes fundamentales de la monarquía (2). Á instancias del mismo Carlos III la Santa Sede, en Breve del 14 de Marzo de 1767, otorgó la gracia de que en España y América se añadiera á las

(1) R. P. Berthe. «García Moreno».

(2) Ley 164, tit. 1 de la Nov. Rec.

Letanias Lauretanas la invocación: *Madre Inmaculada, ruega por nosotros*. Todos los reyes desde Felipe III pidieron con ardientes súplicas al Romano Pontífice declarase y definiese ser dogma de fe la Concepción sin mancha de María. Lo mismo hicieron los Obispos que asistieron al Concilio de Trento. Las Universidades, á los que debían graduarse, exigían juramento de defender la Concepción Inmaculada de María. Los más eximios artistas españoles mostraban especial predilección por honrar la Concepción Inmaculada de María. Se podrían citar infinidad de obras de Palomino, Vergara, Maella, Castillo, Carducho, Escalante, Pareja, etc. Pero las más notables son las de Murillo, Ribera (El Españolito), y Juan de Juanes. Murillo, el gran pintor sevillano, fué llamado «el pintor de las Concepciones» por lo mucho que repitió este asunto. Se cuentan veintinueve cuadros originales debidos á su pincel, esparcidos en iglesias y museos de España, Inglaterra, Francia, Rusia, Italia y América del Norte, siendo el más afamado el que existe en el palacio de Louvre, adquirido por el gobierno francés al precio de 615.300 francos.;

Tan encarnado estaba en el pueblo español el amor á María Inmaculada que el saludo propio en las visitas, consistía en decir al llegar á una casa: *Ave María Purísima*; á lo cual respondían los presentes: *Sin pecado concebida*. Esta devota jaculatoria se encontraba escrita en el frontispicio de los templos y de los edificios públicos y particulares. Los serenos la cantaban de noche antes de anunciar la hora y el estado del tiempo. Con entusiasmo febril repetía el pueblo estos versos de Miguel del Cid:

Todo el mundo en general
 Á voces, Reina escogida,
 Dice que eres concebida
 Sin pecado original.

Este amor de los españoles á tan soberano misterio se traspasó é infiltró en las almas tiernas y sensibles de los aborígenes de América, viniéndose á robustecer más y más, gracias á la santa propaganda que de tal devoción hicieron los religiosos franciscanos, primeros heraldos del Evangelio en esta tierra virgen. Notoria y sabida cosa es que ellos fueron adalides de la defensa del augusto misterio en la ardiente contienda que se suscitó desde el siglo XII. El mismo Patriarca San Francisco en el Capitulo general reunido en Asís en 1219, dió un edicto concebido en estos términos: «que todos los sábados se cantase en todos los conventos una misa solemne en obsequio de la Purísima Concepción de María Santísima». Al venerable Juan Duns Scoto, llamado el Doctor Sutil, se atribuye generalmente la gloria de haber trabajado como nadie, para que se desarrollase y prevaleciese en su tiempo la creencia sobre la pureza inmaculada de María; y al vigor de sus argumentos desarrollados luego por sus discípulos, que tuviese completa victoria la doctrina, que hoy acatamos como dogma de fe. Innumerables alumnos de la orden franciscana, que florecieron antes del siglo XVI, siguieron el ejemplo de Scoto. Merece especial mención Francisco de Mayrón, llamado el *Doctor agudo*, *Doctor acutus*, el cual en nueve artículos expuso que la Virgen había sido santificada en el primer instante de su ser; y en otros once desarrolló extensamente este argumento: «Pudo Dios preservar á María de pecado original; fué conveniente que lo hiciera; luego lo hizo». Y todos los hijos de S. Francisco tomaban con empeño y ardimiento el defender la pura y limpia Concepción de María, aunque fuera á costa de su vida, haciendo el día de su profesión religiosa particular voto de mantener á todo trance este privilegio de la Virgen. Con noble entusiasmo sostenían su tesis en las aulas de los Colegios, y de

las Universidades, y en los púlpitos de los templos, en público y en privado, con la palabra y con la pluma. Jamás cedieron un palmo de terreno al enemigo, y no se dieron punto de reposo, hasta que vieron colocada en la diadema de la Reina del cielo la perla más brillante que la adorna, el florón hermosísimo de su pureza inmaculada. En todas las oficinas de sus conventos se leían inscripciones en las cuales abiertamente se profesaba el dogma de la Inmaculada Concepción. Citaré sólo la que se grababa en la puerta de la entrada:

Poco cristiano sería
El que á esta puerta llegase,
Y por vergüenza dejase
De decir: *Ave María*;
Y menos aquel que, oyendo
Esta pæerno, de vida,
Nos, etc. Perere diciendo:
La imagen *concebida*.
frecieron l

Los franciscanos, vada o pues, al recorrer las dilatadas llanuras de América, evangelizando á los indígenas no cesaban de propagar la devoción á la Purísima Concepción de María, junto con la devoción al Santísimo Sacramento. De aquí provino la santa costumbre extendida en toda la América española de rezar el *Bendito*, que aprendemos en las rodillas de nuestras madres, y el que en los templos se cantase el tradicional:

Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar,
Y la Virgen concebida sin pecado original.

Los mismos franciscanos colocaban la imagen bendita de la Purísima en sus doctrinas, ó sea, parroquias rurales, para que cautivase á los indios y los moviese dulcemente á abandonar la idolatría. Por eso las imágenes

más veneradas de la América, como tendremos ocasión de consignarlo en la presente historia, son las de la Inmaculada. Baste ahora citar las de Guadalupe, del Pueblito, Yzamal y S. Juan de los Lagos en Méjico, las de Luján, el Valle é Itatí en la Argentina y la de Caacupé en el Paraguay.

Con tan saludables ejemplos y enseñanzas no es maravilla que en toda la América española se encendiese el amor á María Inmaculada, así entre la gente humilde como entre los favorecidos de la fortuna, la autoridad ó la ciencia. Las Universidades exigían á sus miembros y á los que pretendían graduarse de doctores, licenciados, ó bachilleres, prestasen juramento de defender la pia opinión de que María, prevenida de la gracia, había quedado exenta de la culpa original muchos años antes de que Carlos III, por Real Cédula de Agosto de 1779, impusiese esta obligación y establecimientos docentes de sus vastos territorios; y al vigésimo año de su fundación lo hizo la Universidad de Méjico fundada por el Rey Carlos I y declarada por Clemente VIII en Bula de 1595, la cual por acta de 8 de Enero de 1653, celebraba anualmente con pompa inusitada la fiesta de la Concepción. Lo mismo hicieron la Universidad de Lima, fundada por Felipe II, las de Bogotá, Quito, Chuquisaca (Sucre), y Córdoba. Esta última alardeaba de ser como la Salamanca del Nuevo Mundo, pues á ella acudían á seguir sus cursos de derecho y sagrados cánones jóvenes de toda la América del Sur. Cuando en 1849 el inmortal Pío IX consultó á los Obispos del orbe católico su opinión y la creencia de los fieles acerca de la Concepción de María, los de América pudieron contestar unánimemente que la tal doctrina la aprendían todos en el regazo materno. Notabilísimos fueron los informes enviados desde Méjico, Chile y Bolivia. El primero fué redactado por el último Rector que

tuvo la Universidad de la República (1), el Sr. Dr. Don José María de Jesús Díez de Sollano, que más tarde fué Obispo de León. El segundo fué debido á la pluma del Ilmo. Dr. D. Rafael Valentin Valdivieso, honra del episcopado americano en el siglo XIX; y el tercero finalmente al inmortal Arzobispo de Bogotá, Monseñor José Manuel Mosquera, mártir de los odios sectarios de la masonería y que murió en Marsella el año 1853, cuando Pío IX le aguardaba en Roma, para hospedarle en el Palacio del Vaticano y premiar su entereza apostólica.

Después de definido el dogma se celebraron en todas las Repúblicas fiestas suntuosísimas. En Méjico tuvo lugar el 26 de Abril de 1855. Celebró de pontifical el Arzobispo Ilmo. Dr. D. Lázaro de la Garza y Ballesteros, predicando elocuente sermón el Ilmo. Sr. Dr. D. Joaquín Fernández de Madrid, Obispo titular de Tenagra, con asistencia del Gobierno, claustro de doctores, comunidades religiosas, etc. Por la tarde se organizó solemne procesión. La imagen de la Purísima, adornada con las joyas que ofrecieron las señoras de más elevada alcurnia, era llevada en magnífico carro triunfal cubierto de riquísimo tisú de oro, rodeada de ángeles de plata, y al frente de la imagen el retrato de Pío IX. El concurso de fieles era inmenso; pues los que llevaban cirios estaban ya en la calle de Mercaderes cuando aun no salía el clero de la catedral. Las calles del tránsito aparecieron lujosamente adornadas con emblemas alusivos á la festividad, habiéndose también levantado á trechos no pocos altares. Abundaron los repiques de campanas, salvas de artillería, cohetes y, por la noche, hubo luminarias y fuegos artificiales. Parecido entusiasmo notóse en las demás Repúblicas. En Chile predicó el Ilustrísimo Sr. Valdivieso elocuente sermón que es una de las piezas

(1) Fué suprimida por un gobierno sectario.

oratorias más perfectas, con que se honra el púlpito americano. No puedo pasar en silencio lo sucedido en Santiago de Cuba, cuyo Arzobispo era el Venerable Antonio María Claret, Fundador de la Congregación á la cual me glorío de pertenecer. He aquí lo que dice textualmente su ilustre biógrafo: «Cuando llegó á sus manos la codiciada Bula dogmática, experimentó inefables dulzuras; sus ojos, humedecidos con las lágrimas que de alegría derramaba, se levantaron radiantes de dicha, y dieron una mirada tierna y expresiva de amor y congratulación á una imagen de la Señora, representada en ese glorioso misterio; apretó una y muchas veces contra su corazón la Bula mensajera de tan felices nuevas para su dulce Madre; y no cabiéndole el gozo en el pecho, tomó la pluma, y con una unción, ternura y amor indescriptible escribió otra Pastoral, que fué la última que compuso, convidando á los fieles á celebrar con regocijo tan feliz acontecimiento, y cantando de un modo desusado las alabanzas de María, y más su pureza virginal, nunca empañada, ni aun con la mancha original común á todos los demás hombres. Concluyó de escribir este hermoso documento el 12 de Julio de 1855, á las cinco y media de la tarde; é inmediatamente se postró de rodillas delante de la imagen de María para darle afectuosas gracias por haberle ayudado á escribirlo. Apenas se hubo arrodillado, de repente, con gran sorpresa suya, percibió una voz clara y distinta que salía de la imagen, y que le dijo: «*Bene scripsisti: Bien has escrito*». «Causaron en el Siervo de Dios estas palabras muy honda impresión, y dejáronle mejorado en el espíritu con muy grandes y vivos deseos de llegar á ser perfecto (1). Excusado es decir lo muy agradecido que quedó á favor tan regalado de la Reina de los ángeles; y, si

(1) *Memorias reservadas del Sr. Claret.*

antes la amaba ya y celaba sus glorias con delirio, después no hallaba palabras con que expresar su amor» (1).

IV

Uno de los medios más eficaces, que en América han contribuido para mantener vivo el fuego del amor á la Inmaculada Virgen, ha sido el de las romerías á sus más célebres santuarios. Sabido es que el origen de las romerías se pierde en la noche de los tiempos, y que han sido patrocinadas por todas las religiones y sectas «considerando que provienen de un sentimiento natural en el corazón humano» (2).

Los pueblos antiguos tenían sitios privilegiados donde iban á consultar á sus dioses sobre probabilidades de paz ó de guerra. Tales eran los templos de Apolo en Delfos, de Diana en Éfeso, y la gruta de las Sibilas en Cuma. En nuestros mismos tiempos los pueblos de la India concurren á las orillas del Ganges para lavarse en sus aguas, que estiman sagradas. Los árabes tienen dos lugares sagrados donde los fanáticos devotos del falso profeta van una vez en la vida en peregrinación: la Meca, donde nació Mahoma, y Medina, donde fué sepultado. Los judíos tenían sinagogas en todas las ciudades, y un solo templo en Jerusalén al cual iban en peregrinación una vez al año en la fiesta de la Pascua. De la sagrada familia, Jesús, María y José, nos dice el sagrado Evangelio, que cumplieron con fidelidad este precepto legal. Los cristianos herederos de las piadosas costumbres de los judíos acostumbraron á visitar los lugares santos de Jerusalén santificados con la presencia

(2) *Vida admirable del siervo de Dios P. Antonio María Claret* por el R. P. Mariano Aguilar, Misionero del Corazón de María. T. I n. 525.

(3) Michaud, *Histoire des Croisades.*

del Hombre Dios, recorriendo con singular afecto la calle de la amargura, por donde pasó el nuevo Isaac cargado con el leño del sacrificio. En la edad Media, Europa entera se puso en marcha como un solo hombre hacia la Palestina para rescatar el sepulcro de Cristo, que había caído en poder de los musulmanes.

Á semejanza de estas romerías á Tierra Santa se organizaron otras á templos ó lugares consagrados por algún hecho memorable. Así se hicieron célebres el sepulcro de los santos apóstoles Pedro y Pablo en Roma y el de Santiago en Compostela de España. En los tiempos modernos casi todas las romerías se reducen á visitar ciertos santuarios de la Santísima Virgen, ya que por conducto de esta divina Señora Dios se complace en conceder sus gracias á los hombres. Es cierto que la caridad del Corazón de María es como el sol que alumbrá y calienta á todos los viajeros de la vida, y no hay un solo desgraciado que sea excluido de su benéfico influjo; sin embargo en ciertos santuarios donde se venera alguna imágen suya, parece haber establecido preferentemente el trono de sus misericordias para enjugar las lágrimas de los afligidos, y derramar el bálsamo del consuelo en los corazones ulcerados. Y como es la tesorera del cielo, ha multiplicado esos sitios benditos y esas imágenes prodigiosas. Si damos una mirada al orbe entero, lo veremos hermozeado de santuarios de María, levantados los unos como antiguos castillos feudales en la cima de los montes, colocados otros á manera de faros luminosos en las playas de los mares; éstos situados en amenos y frondosos valles, semejanado con sus blancas torres, palomas dormidas en blando nido de flores; aquéllos al borde de los precipicios, ó en agrios desfiladeros, como aguardando al atribulado caminante para ofrecerle seguro albergue. Pocos países habrá en el mundo desprovistos de alguna de esas efigies de que

se vale María para hacer ostentación de sus ternuras maternales. Cuéntanse numerosísimos en la vieja Europa, y su fama ha extendido por todos los ámbitos de nuestro planeta. ¿Quién no conoce las imágenes del Pilar, y Montserrat en España, de Lourdes, la Saletta, y las Victorias de Francia, de Loreto y María Auxiliadora en Italia, y de Einsiedeln en Suiza? La América latina ha sido especialmente favorecida por la Providencia dándole santuarios benditos de la Señora, donde acuden los hijos del nuevo continente á recibir mercedes. Es cosa edificante ver en muchos de sus santuarios llegar millares de peregrinos, muchos en actitud penitente, de rodillas, con los ojos arrasados en lágrimas, á implorar la clemencia del Corazón de la mejor de las madres. Á las tales peregrinaciones se debe en gran parte que el pueblo ame tanto á la Santísima Virgen, y que haya conservado incólume la fe, á pesar de tantas vicisitudes como ha experimentado de guerras, revoluciones, motines y cambios políticos. Á referir la historia de esos santuarios va encaminado el presente librito, pues por desgracia en América se conocen más los santuarios de Europa y Asia que no los que se veneran en su propio suelo; que es ni más ni menos lo que pasa en otros acontecimientos.

Las personas ilustradas ó ricas van á visitar Italia, Alemania, Inglaterra, y desconocen su propio continente, que es donde Dios ha ostentado verdadero lujo de bellezas naturales. Hay sabios que conocen perfectamente la historia de Grecia, Roma, Francia, é ignoran cuáles son los héroes de la independencia de América. El Autor de la presente historia, que desea el progreso del continente donde nació, se ha propuesto contribuir con un grano de arena á popularizar el conocimiento de los santuarios de María. Éste no es más que un ensayo, pues he tenido que tropezar con dificultades sin

cuento. Con todo puedo asegurar, que los datos que doy son exactos, como quiera que escribí á los señores Obispos respectivos, y, salvo una excepción, todos me contestaron enviando lo que deseaba, y felicitándome por mi empeño, por lo cual les estoy altamente agradecido. He suprimido aquellos hechos que la leyenda popular cree como dogmas de fe, pero que no descansan en sólido fundamento. Así de muchas imágenes se lee que aparecieron con estrellas en la frente, ó que desaparecían de noche, ó que sudaban en presencia de ciertos pecadores. He conservado todo lo que está atestiguado por tradición antigua y por deposiciones de testigos fidedignos. Á pesar de esto, no faltarán espíritus fuertes ó por decir mejor débiles que consideren mitos ó invenciones místicas lo que se refiere de algunas imágenes. No faltan quienes niegan la aparición de nuestra Señora de Guadalupe y la renovación del cuadro de la Virgen de Chiquinquirá. Nosotros nos preciamos de creer hechos afirmados por diez generaciones y que han recibido la sanción de la Iglesia.

No me glorio de ser original en este escrito. Aunque, gracias al cielo, conozco muchos de los santuarios descritos, de otros sólo tengo noticias por los datos que se me han comunicado ó por las historias que he leído: no me atrevo, pues, á dar como cosecha exclusivamente mía lo que de tantas heredades he recogido.

Grato me es advertir á mis amables lectores, que todos los santuarios de María se hallan en las Repúblicas de la América latina, ó en territorios que antes pertenecieron á españoles ó franceses, como sucede con el Canadá, la isla de Trinidad y la ciudad de Nueva Orleáns en los Estados Unidos. En los países de origen inglés, ó danés, carecen de estos santuarios benditos, por más que el catolicismo vaya dichosamente prosperando. En Jamaica, me escribía su Vicario apostólico,

Ilmo. Carlos Gordón, S. J., el catolicismo es muy reciente todavía para que la devoción á la Reina del cielo sea ferviente. El Ilmo. Sr. D. Ambrosio Van Baars, Obispo titular de Teuchyere y Vicario apostólico de Curaçao, me indicaba que en todas las islas que forman el Vicariato, se venera mucho á la Santísima Virgen; pero que no existe ningún templo donde los fieles acudan en romería. Ésto es feliz augurio de que la raza anglosajona no ha de subyugar á la latina.

Ahora sólo me resta pedir á la Virgen Inmaculada bendiga estas páginas y les dé unción para que muchos corazones queden cautivos de su amor. Á falta de méritos y virtudes en el día de la cuenta quiero presentarme con este librito en las manos para recordarle á nuestra Madre la promesa que tiene hecha «de que los que la hayan ensalzado obtendrán la vida eterna.»

FÉLIX A. CEPEDA

Misionero Hijo del I. Corazón de María.

Méjico, 16 de Julio, festividad de la Santísima Virgen del Monte Carmelo, de 1904.